

RETIRO: VIA LUCIS – LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS

(Extraído de la revista ORAR nº 174 – A. Pronzato – DABAR – B. Caballero – N. Quesson)

VER:

Como estamos diciendo este ciclo pastoral, algo que nos achacan a los cristianos en general y a los católicos en particular es que damos mucha importancia a la Cruz, al dolor... pero no lo contrapesamos con aquello que da sentido al dolor y a la Cruz: la Resurrección de Jesús.

Hay una gran devoción popular con tradición desde la edad media, que es el Via Crucis (el camino de la cruz). En él se recorren los momentos más sobresalientes de la Pasión y Muerte de Cristo: desde la oración en el huerto hasta la sepultura de su cuerpo (cf. "Via Crucis según los relatos evangélicos"). Pero ésta es la primera parte de una historia que no acaba en un sepulcro, ni siquiera en la mañana de la Resurrección, sino que se extiende hasta la efusión del Espíritu Santo y su actuación maravillosa.

Desde el Domingo de Pascua hasta el de Pentecostés hubo cincuenta días llenos de acontecimientos, inolvidables y trascendentales, que los cercanos a Jesús vivieron intensamente, con una gratitud y un gozo inimaginables.

De igual forma que las etapas de Jesús camino del Calvario se han convertido en oración, queremos seguir también a Jesús en su camino de gloria. Éste es el sentido último de esta propuesta una invitación a meditar la etapa final del paso de Jesús por la tierra.

El Via Lucis, “camino de la luz” es una devoción reciente que puede complementar la del Via Crucis. En ella se recorren catorce estaciones con Cristo triunfante desde la Resurrección a Pentecostés, siguiendo los relatos evangélicos.

Se incluye también la venida del Espíritu Santo porque, como dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “El día de Pentecostés, al término de las siete semanas pascuales, la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo que se manifiesta, da y comunica como Persona divina” (n.731).

La devoción del Via Lucis se recomienda en el Tiempo Pascual y todos los domingos del año que están muy estrechamente vinculados a Cristo Resucitado.

Para la reflexión:

- ¿Cómo describiría mi estado actual? ¿Se parece al de los discípulos de Emaús?
- ¿Ha habido algún acontecimiento que me haya hecho perder la esperanza? ¿Por qué?
- ¿Siento que mi fe se ha “enfriado”? ¿En general o en algún aspecto en concreto? ¿A qué creo que se debe?

JUZGAR:

Lucas 24, 13-35

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo: —«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»

Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó:

—«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?»

Él les preguntó: —«¿Qué?»

Ellos le contestaron: —«Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.»

Entonces Jesús les dijo: —«¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?»

Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo: —«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída.»

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron: —«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: —«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.»

Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Este Evangelio es un relato de aparición de Jesús Resucitado a dos discípulos que caminan de Jerusalén a Emaús. Lucas desarrolla un estudio psicológico de los protagonistas, que progresivamente van pasando del desencanto a una fe entusiasta en Jesús Resucitado.

Jesús les sale al encuentro en su caminar desesperanzado, e inmediatamente se interesa por sus preocupaciones. Esto nos hace ver que Jesús conoce nuestras penas y decepciones, no ignora nada de lo que soportamos en nuestro interior.

Jesús deja que se expresen detenidamente sobre sus preocupaciones, no se da a conocer enseguida, deja que hablen, que se desahoguen. Es interesante leer cómo Cleofás y su amigo cuentan la historia de Jesús el Nazareno. Todo es formalmente exacto, pero parece una narración en la oscuridad: falta la luz.

Vendría a ser como una narración de la vida de Jesús hecha por hombres al margen de la luz de la Resurrección: los acontecimientos están ahí, pero, sin la Pascua, esta historia es la historia de una ilusión frustrada, de algo que pudo haber sido bonito y no fue. Sin más.

Quizá Jesús quería hacer una prueba, quería oírles hablar de su Resurrección, anunciarla... pero sólo les ha oído hablar de su muerte, y de que todo ha acabado ahí. Sin la luz de la Resurrección, ellos ni siquiera sospechan que hay otra realidad.

Otro detalle importante es que ellos no son personas crédulas. Todos los relatos del Evangelio son unánimes sobre este punto: ellos dudan, no esperan la Resurrección de Jesús, están desconcertados... Lucas elabora su relato para hacernos comprender cómo se puede reconocer a Jesús Resucitado, cómo se avanza lentamente de la duda, de la desesperación, a la fe.

Para la reflexión:

- Partiendo de lo que he respondido en el “ver”, ¿cómo hablaría de mi fe a otra persona, si alguien me preguntase?
- ¿Cómo contaría a esa persona “lo de Jesús el Nazareno”? ¿Cómo lo haría para que se notase la luz de la resurrección?

En el relato encontramos claves de lectura que nos descubren su mensaje más profundo: el proceso que hubieron de seguir los desalentados discípulos de Emaús –y el creyente de hoy representado en ellos- para llegar al encuentro de fe con Cristo Resucitado.

Un primer elemento de este proceso es la Escritura. Cuando Jesús se acerca a los dos caminantes, éstos no tienen ojos para reconocerlo porque la desilusión les embarga el ánimo. En la tumba del Crucificado quedaron enterradas sus esperanzas mesiánicas. A pesar de los rumores que comienzan a circular por el grupo de sus discípulos, nadie ha visto al supuestamente Resucitado Jesús. Están tristes y derrotados, ya no creen en Él ni esperan nada. Así se lo expresan al desconocido que se les ha unido en la marcha.

La depresión de los dos discípulos nace de su ignorancia. Sólo habían asimilado las profecías gloriosas sobre el Mesías, dejando aparte las descripciones del *Siervo de Yahvé* paciente y los Salmos proféticos que describían su Pasión y Muerte ignominiosas. Por no haber sabido asumir íntegramente la realidad que indicaban las Escrituras, se sienten ahora frustrados y no comprenden cómo este fracaso les pueda venir precisamente de Jesús.

Pero Jesús les recuerda la Escritura, ahora tomada íntegramente, como una primera vía para acceder a la fe en su persona; Jesús les hace una lectura cristológica de la Escritura, haciéndoles ver la estrecha relación que hay entre las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento y su cumplimiento en Jesús de Nazaret.

El Antiguo Testamento esclarece el Nuevo. El Plan de Dios sigue sin ruptura: lo que se realiza en Jesucristo es lo que Dios preveía desde toda la eternidad, es lo que Él ya había comenzado en la Historia del pueblo de Israel.

Es necesario, por tanto, conocer la Escritura en su integridad, a fondo, meditarla, empaparnos de ella, descubrir a través de ella la voluntad de Dios, su maravillosa Buena Noticia, sin quedarnos en las anécdotas o en las frases sueltas.

Hay que conocerla, amarla, sentirla no sólo como unos bonitos textos literarios, sino como si fuese la carta personal que nos ha dirigido alguien muy querido. Vivirla como lo que es: Palabra de Dios, que nos llega envuelta en palabra humana, pero auténtica Palabra de Dios que nos llega llena de amor, de calor, de esperanza, de vida...

Para la reflexión:

- ¿Cuál es la imagen de Jesús que suele predominar en mí: la del Siervo sufriente o la del Rey Todopoderoso? ¿Por qué? ¿Descubro las consecuencias de una u otra imagen?
- ¿Qué lugar ocupa la Biblia en mi oración personal?
- ¿Conozco el Antiguo Testamento? ¿Qué pienso de él? ¿Qué dificultades encuentro?

La Eucaristía es el segundo elemento del proceso de encuentro con el Resucitado. Una vez que los discípulos y el Caminante se han hecho amigos y se disponen a cenar juntos, el Señor **“sentado a la mesa con ellos tomó el pan... A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron.”** El texto apunta ahora a una lectura eucarística del hecho, pues se repite el rito con que Jesús inició la institución de la Eucaristía en la Última Cena.

El relato de Lucas sobre los discípulos de Emaús nos permite una reflexión sobre la unión entre la escucha de la Palabra y el Partir el Pan. Jesús, haciéndose su compañero de camino, **“les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura”**. Junto con este Caminante que se muestra tan inesperadamente familiar a sus vidas, los dos discípulos comienzan a mirar de un modo nuevo las Escrituras. Lo que había ocurrido en aquellos días ya no aparece como un fracaso, sino como cumplimiento y nuevo comienzo. Sin embargo, tampoco estas palabras les parecen aún suficientes a los dos discípulos.

El Evangelio de Lucas nos dice que sólo cuando Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, **“se les abrieron los ojos y lo reconocieron”**, mientras que antes **“sus ojos no eran capaces de reconocerlo”**. La presencia de Jesús, primero con las Palabras y después con el gesto de Partir el Pan, hizo posible que los discípulos lo reconocieran, y que pudieran revivir de un modo nuevo lo que antes habían experimentado con Él: **“¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”**.

Estos relatos muestran cómo la Escritura misma ayuda a percibir su unión indisoluble con la Eucaristía. La Palabra de Dios leída y anunciada por la Iglesia en la liturgia conduce, por decirlo así, a la Eucaristía. Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: la Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico. La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico.

Jesús se manifiesta y es reconocido en el gesto de *“Partir el Pan”*. Pero antes descubre las Escrituras. Y, descubriendo las Escrituras, se revela a sí mismo. La liturgia de la Palabra no es, simplemente, una preparación de la liturgia eucarística. Las dos son manifestación plena del Misterio de Cristo.

Ahora bien, ¿nos hemos fijado en los asistentes a nuestras Eucaristías, en la mayor parte de nuestros templos? En gran medida llegan a la hora justa, o incluso habitualmente con unos minutos de retraso: siguen con mentalidad de acudir para cumplir una obligación, un precepto.

Escuchan con aire distraído, y mirando sin disimulo el reloj. Difícilmente podrían repetir algo de la homilía al salir del templo, porque lo más probable es que hayan aprovechado ese momento para pensar tranquilamente en lo que les interesaba mucho más que lo que decía el cura. Es cierto que en demasiadas ocasiones esta actitud está muy justificada, porque un gran número de homilías no dicen nada a quienes las escuchan.

Muchos de los asistentes tampoco comulgan. Y casi todos, con la última bendición aún resonando en los oídos, abandonan el templo y cierran tranquilamente esta página dominical, para volverla a abrir el domingo siguiente, sin que lo celebrado tenga la menor repercusión en su vida cotidiana.

No es exagerar. De nuestras celebraciones dominicales, ¿quién sale enardecido? ¿A cuántos les arde el corazón? ¿Quiénes salen con una idea vital para rumiarla el resto de la semana y hacerla vida propia? ¿Qué profundización supone en la vida cristiana?

Y sobre todo: ¿cuántos se encuentran (o nos encontramos) con Cristo Resucitado en la *“Fracción del Pan”* que supone la Eucaristía?

Para la reflexión:

- ¿Sigo “oyendo misa”, o participo en la Eucaristía? ¿Lo hago como un acto de culto, o como un encuentro real con el Señor?
- ¿Hay algún momento, gesto, símbolo... de la celebración que no comprenda?
- ¿Preparo y reflexiono con antelación las lecturas de la Eucaristía? ¿Me ayudan a vivir mejor la Eucaristía? ¿Qué hago cuando no comprendo algún pasaje?
- ¿Qué experimento al salir a la calle tras la celebración? ¿Noto que lo celebrado influye en mi vida cotidiana?

La Comunidad es la tercera clave del proceso de encuentro con el Resucitado. Los dos discípulos se alejan de Jerusalén, donde estaba el centro de los acontecimientos, se han separado de la comunidad. En ellos vemos que Jesús nos alcanza, nos encuentra, no sólo cuando lo buscamos, sino también cuando huimos. Jesús camina al lado del nuevo Pueblo de Dios que es la Iglesia, con una presencia sacramental pero real y eficaz, por medio de la Palabra y los Sacramentos. Es seguro que Cristo está presente en la comunidad de los hermanos que comparten una misma fe.

Si la Iglesia la vemos, vivimos y sentimos en una Comunidad más concreta, con rostros que tienen nombres, mucho mejor. Allí descubriremos el amor de Dios a través del amor concreto de los hermanos: uno que te conforta, otro que te anima con su experiencia de fe, otro que te acompaña en tu enfermedad o en tu soledad... Ver a los hermanos, aun con sus fallos, errores y limitaciones, preocupándose los unos por los otros, cada uno según sus capacidades y posibilidades... es ver el amor de Dios.

La asamblea de fe que escucha la Palabra de Dios y celebra la Eucaristía ha de ser un lugar de encuentro con Él para quienes no conocen a Cristo hoy día. Esto nos invita a reflexionar muy seriamente sobre la imagen que les ofrecemos. ¿Cómo son y cómo deberían ser nuestras comunidades parroquiales para poder aparecer como signo de Jesús Resucitado? ¿Vivimos cordialmente la experiencia de que Él está en medio de nosotros? ¿La Eucaristía dominical o diaria es de verdad la fuente y la cumbre de toda nuestra vida cristiana?

Emaús ha sido siempre un buen nombre para lugares de hospitalidad y espacios de acogida fraternal: ¿Qué ven los demás en nuestros grupos de creyentes? ¿Ven grupos cerrados, o ven unión, fe, amor, apertura, solidaridad con los pobres, testimonio de esperanza y comprensión?

Para la reflexión:

- ¿Cómo calificaría la dimensión comunitaria de mi fe? ¿Cómo es mi relación con los demás miembros de la Comunidad Parroquial?
- Nuestras eucaristías, ¿transmiten fraternidad, comunidad...? ¿Por qué?
- ¿Formo parte de algún Equipo de Vida, grupo, etc.? ¿Suelo compartir con ellos la Eucaristía?
- Mi compromiso en la parroquia, o como miembro de un Equipo de Vida, grupo, Asociación, ¿me ayuda a que crezca mi sentido de ser Iglesia, de ser Comunidad?

ACTUAR:

El objetivo de Lucas no fue escribir un relato sobre la Resurrección de Jesús; su objetivo fue un relato sobre cómo encontrar a Jesús Resucitado. Jesús en persona estaba con los discípulos pero ellos no lo sabían. ¿No será éste nuestro mismo caso? ¿No estará Jesús en Persona con nosotros, sin que nosotros lo sepamos?

Los destinatarios del relato de Lucas no son tanto los dos discípulos de Emaús o el resto de los discípulos de Jerusalén, cuanto todos los discípulos posteriores. Lucas escribía pensando en los lectores futuros y en su posible incapacidad para reconocer a Jesús Resucitado, que, viviendo realmente, camina con ellos.

De los dos discípulos, uno es mencionado por su nombre propio, Cleofás, mientras que el nombre del otro queda en el anonimato. ¿No será éste un recurso intencionado de Lucas para que seamos nosotros, cada uno de nosotros, quienes rellenemos con nuestro nombre la casilla dejada en blanco por Lucas?

De la lectura y de la escucha del texto debemos sacar dos certezas. Primera: aunque invisible, Jesús vive realmente y camina con nosotros. Segunda: la lectura de la Biblia, la celebración de la Eucaristía y la dimensión comunitaria de la fe son los conductos imprescindibles para reconocer e identificar a Jesús Resucitado. Y de nosotros depende aprovechar esos conductos

En este texto, el evangelista ha utilizado un recurso para hacernos reflexionar sobre todo esto, jugando con una doble realidad: la de los discípulos, que no saben quién es el acompañante que va con ellos camino de Emaús, y la nuestra, que desde el principio sí sabemos que ese acompañante es Jesús, y que ellos no lo saben.

Esto hace que sintamos ganas de decir a los discípulos: “Abrid los ojos, pero qué tontos sois, es Jesús, ¿es que no os dais cuenta?” Pero la cuestión es: ¿por qué no somos capaces de decirnos eso a nosotros mismos, cuando somos nosotros los que ocupamos el puesto de los discípulos de Emaús? Porque ciertamente somos muchas veces nosotros los que vamos por la vida sin enterarnos de nada, absolutamente ciegos para los temas de la fe.

Los dos discípulos pueden tomarse como símbolo de todos nosotros, hoy. Están informados; saben todo, hasta las últimas noticias. Pero es el propio Jesús quien explicará el verdadero sentido de lo que ha pasado. Nuestro problema no es el de aumentar las informaciones, sino entender, interpretar, captar el significado de lo que ya sabemos y tenemos a nuestro alcance.

¿Qué calificación merecemos, aprobado o suspenso, en todos estos puntos que hemos presentado: la Palabra, la Eucaristía, la Comunidad? Hay que realizar un examen amplio y profundo, porque no sirve una respuesta rápida o superficial, hay que ahondar en las causas de nuestra situación.

Pero mientras no vivamos a fondo las tres claves del encuentro con Cristo: la Palabra, la Eucaristía y la Comunidad parroquial, no llegaremos a encontrarnos realmente con Él ni podremos mostrarlo a los demás, porque nuestro corazón no arderá al escuchar la Escritura; porque no lo reconoceremos al Partir juntos el Pan. Y, puesto que no nos hemos encontrado con Él, tampoco sentiremos ninguna necesidad de comunicar a los demás miembros de la comunidad parroquial la gran noticia: “era verdad, ha resucitado el Señor”.

Habría que intentar seriamente que el cristiano viviese el encuentro semanal con Cristo como algo trascendente en su vida religiosa, como el momento más importante del día o de la semana, un momento que deje en cada uno de nosotros la misma impresión indeleble que el encuentro con Cristo Resucitado dejó en los discípulos de Emaús, y por las mismas causas.

Caer en la indiferencia, y aun en el pesimismo, es algo que está al alcance de la mano. Renovar semanalmente el impulso que nos hace seguir a Jesús Resucitado es algo necesario. Eso podría conseguir la celebración de la Eucaristía dominical si la convirtiéramos, personal y comunitariamente, en un encuentro deseado y vivido que nos haga salir corriendo al mundo para contarle la gran nueva que los de Emaús dieron a los discípulos de Jerusalén: es cierto que Jesús ha Resucitado.

Para la reflexión:

- Me sitúo en el papel del compañero de Cleofás: ¿qué pensamientos, experiencias... extraigo de este retiro?
- ¿Cómo me autocalifico en cada uno de los tres puntos señalados: la Escritura, la Eucaristía, la Comunidad Parroquial? Concreto un compromiso que me ayude a mejorar alguno de esos puntos.
- ¿Qué voy a hacer, o dejar de hacer, para potenciar la dimensión comunitaria de la fe, en mí y en mi comunidad parroquial, en mi Equipo de Vida, grupo, Asociación...?

ORACIÓN CONTEMPLATIVA

Lo mismo que los de Emaús aquel día, también yo marchó ahora decepcionado y triste, pensando que en el mundo todo es muerte y fracaso, y que Tú, Señor, nos has abandonado.

Si leo tus Palabras, me resultan insípidas. Si miro a mis hermanos, me parecen extraños. Si examino el futuro, sólo veo desgracias.

Estoy desanimado, pienso que la fe es un fracaso, que he perdido mi tiempo siguiéndote y buscándote, y hasta me parece que triunfan y viven más alegres los que adoran el dulce becerro del dinero y del vicio.

Me alejo de tu cruz, busco el descanso en mi casa de olvidos, dispuesto a alimentarme desde hoy en las viñas de la mediocridad.

No sé si he perdido la fe, pero sí he perdido la esperanza, el coraje de seguir apostando por Ti.

¿No podrías salir hoy al camino y pasear conmigo, como aquella mañana con los dos de Emaús?

¿No podrías descubrirme el secreto de tu santa Palabra y conseguir que vuelva a arder mi corazón?

¿No podrías quedarte con nosotros y hacer que descubramos tu presencia en el Pan?

RETIRO: VIA LUCIS – LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS

(Extraído de la revista ORAR n° 174 – A. Pronzato – DABAR – B. Caballero – N. Quesson)

VER:

- ¿Cómo describiría mi estado actual? ¿Se parece a la de los discípulos de Emaús?
- ¿Ha habido algún acontecimiento que me haya hecho perder la esperanza? ¿Por qué?
- ¿Siento que mi fe se ha “enfriado”? ¿En general o en algún aspecto en concreto? ¿A qué creo que se debe?

JUZGAR: Lucas 24, 13-35

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo: —«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»

Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó:

—«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?»

Él les preguntó: —«¿Qué?»

Ellos le contestaron: —«Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.»

Entonces Jesús les dijo: —«¿Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?»

Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo: —«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída.»

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron: —«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: —«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.»

Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Para la reflexión:

- Partiendo de lo que he respondido en el “ver”, ¿cómo hablaría de mi fe a otra persona, si alguien me preguntase?
- ¿Cómo contaría a esa persona “lo de Jesús el Nazareno”? ¿Cómo lo haría para que se notase la luz de la resurrección?

Para la reflexión: LA ESCRITURA

- ¿Cuál es la imagen de Jesús que suele predominar en mí: la del Siervo sufriente o la del Rey Todopoderoso? ¿Por qué? ¿Descubro las consecuencias de una u otra imagen?
- ¿Qué lugar ocupa la Biblia en mi oración personal?
- ¿Conozco el Antiguo Testamento? ¿Qué pienso de él? ¿Qué dificultades encuentro?

Para la reflexión: LA EUCARISTÍA

- ¿Sigo “oyendo misa”, o participo en la Eucaristía? ¿Lo hago como un acto de culto, o como un encuentro real con el Señor?
- ¿Hay algún momento, gesto, símbolo... de la celebración que no comprenda?
- ¿Preparo y reflexiono con antelación las lecturas de la Eucaristía? ¿Me ayudan a vivir mejor la Eucaristía? ¿Qué hago cuando no comprendo algún pasaje?
- ¿Qué experimento al salir a la calle tras la celebración? ¿Noto que lo celebrado influye en mi vida cotidiana?

Para la reflexión: LA COMUNIDAD

- ¿Cómo calificaría la dimensión comunitaria de mi fe? ¿Cómo es mi relación con los demás miembros de la Comunidad Parroquial?
- Nuestras eucaristías, ¿transmiten fraternidad, comunidad...? ¿Por qué?
- ¿Formo parte de algún Equipo de Vida, grupo, etc.? ¿Suelo compartir con ellos la Eucaristía?
- Mi compromiso en la parroquia, o como miembro de un Equipo de Vida, grupo, Asociación, ¿me ayuda a que crezca mi sentido de ser Iglesia, de ser Comunidad?

ACTUAR:

- Me sitúo en el papel del compañero de Cleofás: ¿qué pensamientos, experiencias... extraigo de este retiro?
- ¿Cómo me autocalifico en cada uno de los tres puntos señalados: la Escritura, la Eucaristía, la Comunidad Parroquial? Concreto un compromiso que me ayude a mejorar alguno de esos puntos.
- ¿Qué voy a hacer, o dejar de hacer, para potenciar la dimensión comunitaria de la fe, en mí y en mi comunidad parroquial, en mi Equipo de Vida, grupo, Asociación...?

Emaús · Seminario Pontificio Mayor de Santiago https://youtu.be/1GVf_PrutCA

Íbamos dos camino de Emaús
entristecidos, discutiendo;
y sucedió que vimos a Jesús
y no supimos conocerlo.

Él preguntó: "¿qué cosas discutís?"
Dijimos: "lo del Nazareno,
muerto en la cruz en plena juventud,
aún no podemos comprenderlo.

Era Él el Mesías de Israel:
muchos llegamos a creerlo.
¿Y ahora qué? Ya hace tres días que fue
crucificado por el pueblo".

Él respondió que así debía ser,
que estaba escrito su tormento,
y reavivó nuestra apagada fe:
el corazón ardía por dentro.



Quédate con nosotros, quédate,
ven y comparte nuestro techo.
Quédate con nosotros, quédate,
la oscuridad está cayendo.

Él sonrió y entró para cenar,
partiendo el pan y bendiciendo,
nos lo entregó, diciendo nada más:
"Tomad, comed, esto es mi Cuerpo".

Y después ya no le pudimos ver
pero sabíamos que dentro
Él está con nosotros y, esta vez,
Resucitado de los muertos.

Quédate con nosotros, quédate
y cúranos que estamos ciegos
para ver con los ojos de la fe,
así te reconoceremos.

Quédate con nosotros a comer,
reanima nuestro desaliento.
Quédate con nosotros, quédate
y deja que se pase el tiempo.